

José Antonio Muñoz Rojas en dos anécdotas

Conocí la obra de José Antonio Muñoz Rojas una tarde de verano muy joven sustraída a la siesta. Su libro *Las cosas del campo* llamó mi atención porque, aunque antequerano como él, fui transplantado tan niño a la ciudad, que las tierras andadas por mis abuelos y padres se me ocultan bajo la ignorancia del asfalto y el aroma de las esquinas en ladrillo. Paseé aquel día por surcos y casonas, descubrí flores de la mano de un narrador que contemplaba cariñoso una naturaleza rescatada por sencilla, como aquella prosa brillante de lirismo con nostalgia al fondo por un universo en mudanza, concepto que hermana gran parte de sus títulos. Al hilo de aquellas líneas vino a mi memoria otro viaje imaginado en que surqué sobre la barca de Josep Pla unas costas catalanas hoy para siempre desabridas entre armazones de cemento, pero aparte de la localización geográfica y temporal, frente al texto de ese gran prosista descubrí, filólogo incipiente, que las páginas donde soñé los atardeceres de mis mayores se sometían a los trazos de un lírico elegante que musicaba con su oficio cada párrafo.

José Antonio nació en 1909 y quienes lo conocen me comentan su envidiable salud y lucidez; alejado en su hogar rural de Alameda, cultiva desde hace mucho tiempo la soledad con esos aperos que le proporciona una cultura trabajada con arado de férrea insistencia; así, al margen de escritores mediáticos que hallaron entre lentejuelas y focos el venero que rentabilizara narraciones empalagosas henchidas de andalucismo fácil, José Antonio disfruta del prestigio por el que las tareas calladas bajo la intimidad del flexo le aseguran un puesto destacado entre los creadores de ese universo de la generación del veintisiete, donde queda adscrito por fechas, actitud y estética. Su primer poemario, *Versos del retorno*, brotó de la imprenta en 1929; su afán de modernidad lo llevó hasta un puesto en la universidad de Cambridge, que durante años ya españoles generó frutos mecanografiados en poemas y traducciones que nos acercan a Thomas Stearns Eliot, John Donne o Francis Thompson; su fecundidad despliega una serie constante de publicaciones que le otorgaron el Premio Nacional de Poesía en 1998 y la admiración de los suyos simbolizada en el nombramiento como Hijo Predilecto de Andalucía en 1992. Sin embargo, quizás lección aprendida en el intimismo biográfico eliotiano, José Antonio permanece lejos de fanfarrias, que no ajeno a las caricias de una vida feraz que mantiene la juventud de sus hemistiquios, escollo donde tropieza un olvido injustificado que lo aparta de antologías comerciales para ojos poco exigentes; José Antonio engarza la joya que descubre cualquier explorador ilusionado de estrofas, no los sedientos del tinte cultural para superficies vacías.

Tras una lectura de poemas que realicé en Villanueva de la Concepción, enviado por el C.A.L., el protocolo exigía la reivindicación de un autor clásico; en localidad antequerana no invoqué a mi amado Pedro Espinosa con quien lidié meses de análisis paciente, sino a nuestro clásico en activo. *Objetos perdidos* en edición de 1998 dibujó el pentagrama para la interpretación; durante las copas posteriores, mi amigo el gran poeta Joaquín Ríos, allí nacido, reflexionó: “José Antonio está enamorado”. “Eso sospecho” contesté. Amor por cada minuto que huye con su beso de gozo. Dulzura que el oído paladea en la quietud de la fotografía que acontece a diario.

José Luis González Vera